

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO C

EL VALOR DE HUMILLARSE

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Eclesiástico 3,19-21.30-31; Hebreos 12, 18-19.22-24^a; Lucas, 1.7-14



1. De Santa Teresa de Lisieux es este pensamiento: *coloquémonos humildemente entre los imperfectos, considerándonos almas pequeñas a las que Dios tiene que sostener a cada instante. ... (...) ... Sí, basta con humillarse, con soportar serenamente las propias imperfecciones. ¡He ahí la verdadera santidad!* La humildad y la humillación aceptada por amor conducen a la meta de la santidad. En este domingo, Jesús nos invita a ser humildes y sencillos, como Él: *tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*

Jesús insiste en algo que pudiera parecer repetitivo, pero que es esencial en su vida y en su enseñanza: compartir generosamente con los demás lo que somos, lo que tenemos y lo que sabemos, es decir, ser solidarios, teniendo en cuenta esta invitación: *cuando des limosna, no lo anuncies con trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, para que los alaben los hombres. Yo os aseguro que ya recibieron su recompensa... Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.* Dejándonos llevar de la vana gloria y de la falta de rectitud de intención, podemos llevar a cabo obras buenas en sí mismas, pero que, por ser torcida nuestra intención, no agradan al Señor y no recibiremos de Él recompensa alguna. Cuando lo que hacemos lo realizamos para que nos vea la gente, Dios no se siente agrado y no nos lo premia.

2. En el evangelio proclamado, Jesús nos hace una advertencia llena de toda claridad: *el que se enaltece será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.* El verdadero camino de la auténtica elevación hacia Dios es el camino de la humildad, que fue el que siguieron Cristo y los santos, y que conduce a la gloria. Santa Teresa de Jesús dice en las Moradas que *la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende anda en mentira.*

Podría decirse que las palabras que siguen son una descripción, que nos aproxima al núcleo de lo que es la verdadera humildad: *ser humildes es olvidarse de sí, para pensar en otros. Ser humilde es dejar de buscar lo propio para proporcionarlo a otros. Ser humilde no es alabarnos ni buscar nuestra gloria sino la del Señor. Es pensar y actuar como Juan el Bautista, el cual dijo: "a Él (Cristo) le conviene crecer pero a mí, menguar". Es olvidarnos de la honra que merecemos y saber reconocer valores y virtudes en otros. La humildad no mira por encima del hombro, no calumnia, no desacredita, no contiene, no humilla, no abofetea, no hiere ni con los hechos ni con las*

palabras. La humildad mora con la sabiduría, sabe callar en lugar de hablar, sabe honrar en lugar de difamar, sabe ayudar más que obstaculizar. La humildad sabe orar más que reclamar. Palabras acertadísimas, aunque desconozcamos quién es su autor.

3. Reflexionar sobre este texto nos ayudará, sin duda, a crecer en humildad y, por ello, en santidad, puesto que la humildad está en relación directa con la santidad. Decía un santo: *si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde; si quieres ser muy santo, sé muy humilde*. A mayor humildad, pues, mayor santidad. Es de capital importancia, por lo tanto, descubrir las señales que hay en nosotros de falta de humildad, para estar prevenidos y procurar crecer en esa virtud, tan necesaria para la vida cristiana.

Aunque sea un poco largo, vale la pena leer las señales de falta de humildad que indica San Josemaría en Surco: *déjame que te recuerde, entre otras, algunas señales evidentes de falta de humildad: – pensar que lo que haces o dices está mejor hecho o dicho que lo de los demás; – querer salirte siempre con la tuya; – disputar sin razón o – cuando la tienes – insistir con tozudez y de mala manera; – dar tu parecer sin que te lo pidan, ni lo exija la caridad; – despreciar el punto de vista de los demás; – no mirar todos tus dones y cualidades como prestados; – no reconocer que eres indigno de toda honra y estima, incluso de la tierra que pisas y de las cosas que posees; – citarte a ti mismo como ejemplo en las conversaciones; – hablar mal de ti mismo, para que formen un buen juicio de ti o te contradigan; – excusarte cuando se te reprende; – encubrir al Director algunas faltas humillantes, para que no pierda el concepto que de ti tiene; – oír con complacencia que te alaben, o alegrarte de que hayan hablado bien de ti; – dolerte de que otros sean más estimados que tú; – negarte a desempeñar oficios inferiores; – buscar o desear singularizarte; – insinuar en la conversación palabras de alabanza propia...*

4. La actitud del hombre humilde y sencillo atrae más a Dios y a los hombres, que la generosidad llena de soberbia del que hace grandes cosas: *hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios, que revela sus secretos a los humildes*, dice el Eclesiástico. La humildad bien vivida conduce a la alegría, a la obediencia, a la castidad, al deseo de comenzar y recomenzar en el camino del bien, a la sencillez, a la comprensión y ... a la paz interior, aun en medio del dolor, de las debilidades o de los fracasos; también a la sabiduría para penetrar en la cosas de Dios.

Con la ayuda de la gracia, nuestra lucha ascética he de ir encaminada a aprender de Jesús, como Él mismo nos invitó: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*. Pero, como predicaba en una homilía el Papa Francisco, *la humildad sólo puede llegar a un corazón a través de las humillaciones. No hay humildad sin humillaciones, y si tú no eres capaz de aceptar algunas humillaciones en tu vida, no eres humilde... El fin de la santidad que Dios regala a sus hijos... viene a través de la humillación de su Hijo*.

5. *Si quieres que Dios te conceda más fácilmente la humildad, toma por abogada y protectora a la Santísima Virgen*, decía León XIII. A la humilde esclava del Señor le pedimos que nos haga humildes para ser santos.